

Por lo interesante y enjundioso de estos discursos, estimamos que ellos merecen amplia difusión. Están prestigiados por el estudio, la serenidad y la nobleza de la expresión.—MILTON ROSSEL.

<https://doi.org/10.29393/At171-195EEME10195>

MELPÓMENE, de *Arturo Capdevila*.—Edición Nascimento

En mi primer viaje de Buenos Aires a Santiago, al comienzo de 1934, tuve el gusto de encontrar en el tren a Arturo Capdevila, que también iba por primera vez a Chile.

En Mendoza, muy de mañana y ya en la combinación del Trasandino, que había de interrumpirse la noche subsiguiente, tuvimos ocasión de charlar largo mientras el tren se deslizaba entre los viñedos promisoros, camino de los Andes.

Hasta entonces, en muchos años de amistad casi fraternal, no se nos había presentado una oportunidad semejante. Antes de 1920, Capdevila vivía regularmente en su Córdoba nativa y sólo bajaba a Buenos Aires muy de cuando en cuando. Después, la vida trepidante de la gran capital lo metió, como a muchos otros provincianos, en su tráfago de factoría y Capdevila tuvo que repartir su tiempo entre el comercio de las letras que por más buenas son siempre de cambio difícil, y las cátedras del Liceo y la Universidad de La Plata.

Por tanto, fuimos encontrándonos cada vez menos, y cuando la famosa hermandad anacóndica de Horacio Quiroga se cortó de pronto con el regreso del maestro inolvidable a Misiones, sólo nos veíamos ya una que otra vez y fugazmente en la Biblioteca Nacional de Maestros, *bajo el signo de Leo...* (¡Ay también se fué ya para siempre el gran artífice de los *Poemas Solariegos*).

Ahora bien, nuestro reencuentro en el Trasandino tuvo al virtud de acercarnos otra vez al cabo de muchos años, casi tan

tos como los que nos separan en edad: una generación no por literaria menos real.

Sin embargo, el afecto mutuo no pudo reducir las diferencias de nuestra visión del camino que hacíamos juntos. La suya era una visión de poeta y de historiador; la mía, apenas la de un simple periodista.

Recuerdo, por ejemplo, dos detalles de nuestra larga y amistosa plática de aquella mañana.

Frente a los pámpanos sonrientes del campo mendocino Capdevila no pudo menos que evocar a Grecia y a Dyonisos, mientras yo le informaba que de las noventa mil hectáreas de viña que nos rodeaban, sólo quince mil eran cultivadas por sus propietarios. Y junto a la imponente mole de los Andes, en tanto que Capdevila volvía al heroico pasado de gesta, yo le hacía presente las mezquinas luchas de ahora fomentadas por los historiadores de escarapela.

(A este propósito quiero intercalar aquí, por su rigurosa oportunidad la única frase que, según cuenta un cronista de la época, se le oyó al general San Martín después de la batalla de Chacabuco, en medio del tendal de cadáveres: «¡Pobres negros!»).

Confío en que este recuerdo extraordinariamente justiciero, dará al lector la seguridad en que yo mismo me afirmé aquella mañana, de que Capdevila es ante todo un poeta de la Historia.

En tal sentido, no obstante pertenecer a una generación posterior a la de don Ricardo Rojas, el nombre de Capdevila aparece siempre ligado al del autor de *El Santo de la Espada* por la identidad de su trayectoria.

No creo que valga la pena insistir al respecto. Pero desde su tesis doctoral que forma su libro *Dharma* (Influencia del Oriente en el Derecho de Roma) hasta su recientísimo *Joan Garín e Satanás* (Una leyenda mística de ermitaña), la obra de

Capdevila se caracteriza por una constante fuga hacia el pasado, cuanto más remoto mejor.

La poesía y el teatro de Capdevila, lo mismo que sus ensayos y biografías, participan en general de la Historia. Y apenas si puede señalarse en el numeroso conjunto de su obra una que otra excepción.

Capdevila no se ignora ciertamente esta falta de sentido periodístico. En 1918, con motivo del movimiento juvenil que estallara en Córdoba bajo el nombre de «Reforma universitaria» se puso a escribir sobre el tambor una «Estudiantina» acerca de aquellos memorables sucesos. Pero hasta hoy no ha conseguido pasar del primer capítulo. Y eso que desde entonces ha terminado no menos de veinticinco libros. Todo lo cual prueba de sobra cuanto llevo escrito hasta aquí.

Me ha parecido imprescindible hacerlo con motivo de la primorosa edición de *Melpómene* publicada por la editorial Nascimento. Porque el modo que tienen ciertos críticos de anular un libro como este (y cualquier otro) consiste en sacarlo de su propia perspectiva histórica y pedirle precisamente lo contrario de lo que nos ofrece.

Melpómene desde su título, no deja lugar a dudas sobre su contenido. Con todo, la boga alcanzada por la dolorosa anécdota del libro hace que muchos busquen en sus páginas una Elegía como la de Manrique. Y *Melpómene*, naturalmente, es otra cosa.

Una lástima que esta magnífica edición de Nascimento reproduzca con excesiva fidelidad la última edición argentina. Así no recoge, como era de esperar, el estudio del poeta chileno Ernesto A. Guzmán sobre *Melpómene*. En su lugar reproduce una vez más la pobre nota bibliográfica de don Manuel Gálvez, que si como novelista (y nobelista) vale poco, como crítico no merece siquiera ser tomado en cuenta.

El señor Gálvez menciona a Nietzsche y a Wagner y con-

cluye profetizándonos en Capdevila, condicionalmente, es cierto, un Shelley de tercera mano...

Por suerte, esta edición chilena incluye asimismo, a manera de epílogo, un interesante ensayo de Rafael Cansinos Assens. Este ensayo contribuye a esclarecer bastante el aspecto dramático de la obra de Capdevila que explica en gran parte su éxito.

A cinco años, no más, de la aparición de *Melpómene* el propio poeta anotó sus menguas y demasías, confesándonos paladinamente en un corto prefacio, que desde entonces trae el libro, que estuvo a punto de suprimir ciertos detalles y hasta una composición entera.

No lo hizo conformándose con llevar unas pocas páginas al *Libro de la Noche* y sustituirlas por otras que el lector hallará bajo el nombre de «Erato canta a Melpómene».

He aquí su explicación:

«Verso a verso, doy intacta la poesía, respetuoso hasta de sus defectos como si se tratara del libro de un amigo muerto».

Naturalmente, esto es discutible. El mismo Capdevila ha corregido y muy bien, *Jardines Solos*, su libro inicial. Sin embargo, es innegable que *Melpómene* representa una etapa no sólo en la sensibilidad de su autor. Por mi parte, confieso que al releerlo no he dejado de sentir también cierta auto-indulgencia por aquel adolescente ingenuo y tristón que era yo mismo cuando me sabía muchas de sus páginas de memoria.

De todo aquello sólo quiero recordar ahora el arranque:

Melpómene, la musa de la tragedia viene,
y esta noche el viento, ¡ay!, no sé qué ritmo tiene.

Este verso, como queda insinuado, no es a pesar de su universalidad, de cualquier parte y de cualquier época.

En el país de Andrade y Almafuerde, su tono, como el del abuelo Hugo, nos parecía entonces como a muchos jóvenes chilenos, casi familiar.

A un cuarto de siglo de la aparición de Capdevila en la historia literaria argentina, su aporte a nuestra lírica no puede, es claro, medirse sólo por *Melpómene*. Una Antología definitiva de esas que publica justamente Nascimento con un estudio prolijo de toda la obra poética de Capdevila hasta la fecha, habría constituido desde luego un volumen menos circunstancial. Pero dada la resonancia que el nombre del poeta cordobés despierta en Chile creo que este libro histórico es más que suficiente para que el lector y la crítica vean en Arturo Capdevila un digno hermano de Gabriela Mistral.—ENRIQUE ESPINOZA.

DOS NOVELAS CUBANAS: CIÉNAGA, por *Luis Felipe Rodríguez* y
CONTRABANDO por *Enrique Serpa*

La novela cubana comienza a ahondar el estudio de la realidad insular, agitada por fuertes y complejos problemas que la envuelven en una rara energía y la colocan entre las más originales de la literatura americana. En sus más recientes y singulares muestras tiende a exaltar la cubanidad, la criolledad que va creciendo en dimensión, y perfilando sus caracteres en creaciones vertebradas y vigorosas. Entre los escritores de tal índole se ha distinguido Luis Felipe Rodríguez, cuyo carácter humano y preocupación social se exhibe en sus relatos «La pascua en la tierra natal y en Marcos Antilla», cuadros emocionados de la existencia campesina cubana, de la vida de los hombres del cañaveral, de la mala política que envenena la moral de los guajiros, devasta su fe y demuele los restos de la integridad nacional. Ahora Rodríguez aumenta su labor con otra novela: «Ciénaga» (Editorial Trópico), en que la exaltación del destino cubano crece y asume un contenido definido de amarga protesta.

«Ciénaga» es una transformación de un episodio de la vida rural que primitivamente se designó como «La conjura de la